



www.loqueleo.com

El almohadón de plumas y otros cuentos

© Del texto: Horacio Quiroga

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59289-5-4

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: octubre de 2010

Primera edición en Loqueleo Colombia: enero de 2016

Quinta reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El almohadón de plumas

y otros cuentos

Horacio Quiroga

Prólogo y estudio de obra de Pablo Ramos

loqueleg

Prólogo

Por Pablo Ramos

7

Dice el escritor Abelardo Castillo que los cuentos de Horacio Quiroga pueden hablar de cualquier cosa: un perro, una locomotora, un bote, la selva, Montevideo, Buenos Aires; pero que su personaje real es siempre la muerte. No lo expresa textualmente así, pero eso es lo que dice. Y creo que tiene razón.

Se me presentan, entonces, algunas cuestiones importantes frente a la tentativa de escribir unas palabras preliminares a un libro que, en rigor, no necesitaría ninguna presentación.

¿Cómo hablar del autor de estos cuentos sin que recaigan mis palabras en una zona de espanto y oscuridad? ¿Por qué un escritor elige un tema y lo desarrolla durante toda su obra obsesivamente? Y ya que la violencia y la muerte, en el cine, en la televisión, en la realidad, son por momentos algo más habitual de lo que incluso desearíamos, ¿puede ser la muerte un personaje literario interesante? ¿No vimos demasiadas películas sobre animales, selva, puñaladas? ¿Puede ser la literatura más poderosa que el cine? Y, en todo caso, ¿qué interés puede tener el

lector joven de internarse en el universo de estos cuentos que a primera vista deberían ser algo antiguo, viejo, o pasado de moda?

Con respecto a la primera cuestión lo mejor va a ser la brevedad. Decir que Horacio Quiroga fue un hombre cuya vida estuvo signada por la muerte y la desgracia desde sus comienzos. Nació en Salto, Uruguay, en 1878. Tenía tres meses de vida cuando, al bajar de un bote rumbo a una chacra que la familia había comprado en San Antonio Chico, a su padre se le dispara accidentalmente la escopeta y se mata delante de él y de su madre, Pastora. Más tarde, ella volvería a casarse pero su padrastro se suicidaría antes de que él cumpliera los cinco años, y una cadena de muertes y suicidios lo perseguiría, dejando en el camino la vida de amigos, de su esposa y, finalmente, la suya, en Buenos Aires, en 1937.

Una de esas muertes, la de Federico Ferrando, lo marcaría para siempre: el propio Quiroga, limpiando un arma, disparó en forma accidental y lo mató en el acto.

Entonces: ¿cómo no iba a ser también la muerte (y su tragedia) la protagonista principal de los relatos de Quiroga?

Con respecto a las demás preguntas, a lo que puede encontrar el lector en estos cuentos, esto es algo un poco más profundo, algo por momentos ilimitado.

Quiroga es el cuentista por excelencia, como pudo haberlo sido Poe. De hecho hay grandes similitudes: desde el aspecto formal y perfeccionista del cuento, su concepción y su desarrollo, hasta su trabajo como teórico y en-

sayista. Muy pocos escritores en la historia de la literatura mundial dejaron, además de su obra, un trabajo tan generoso como “Los trucos del perfecto cuentista” donde Quiroga le brinda al escritor moderno los principales conceptos desarrollados para afinar y pulir su arte hasta la perfección.

Es que los cuentos pueden ser perfectos y, en este libro, el lector va a encontrarlos; verdaderas obras de arte que le harán sentir el horror y la crueldad de la vida y la naturaleza frente a la fragilidad del hombre. Le harán sentir lo fatal de un error en un mundo (la selva, el bosque, el río, etcétera) que no admite que se cometan errores. Una mordida de serpiente, un tropezón con el machete en mala posición, todo puede costarnos la vida, porque nosotros también estamos inmersos en la historia, porque esa selva es fácilmente trasladable a una ciudad, a un pueblo, a la montaña. Vivir significa *riesgo de morir*, y morir no es solamente el terror de una puñalada, el dolor físico de un hachazo, como nos muestra hoy en día el cine de terror. O, al menos, no es sólo eso. Morir es perder todo lo que uno tiene, y todo lo que uno puede llegar a tener. Morir es desaparecer para siempre y, en un lugar donde la selva se lo devora todo, uno podría decir que morir es desaparecer, también, desde siempre.

Gran parte del valor de un texto literario se puede encontrar en el origen del mismo, y el origen de una obra de calidad está mucho más atrás en el tiempo que la propia escritura. En las cavernas oscuras del alma, en los recuerdos que atormentan, en los sueños que angustian la

existencia, en la noches de fiebre y de culpa, en el más profundo dolor frente al desparpajo que produce la crueldad y la ferocidad de la vida que le pasa por encima al hombre, que lo aplasta, que no le da casi ninguna posibilidad; ahí está el origen de los cuentos que presentamos hoy acá.

Y en ellos está también presente esa búsqueda: la de la voluntad del hombre por sobreponerse a la muerte, la del amor. El deseo de lo absoluto, de lo perdurable, encontrarás, lector, en estos cuentos. En sus palabras y en lo no dicho, en el maravilloso estilo con que está dicho y no dicho. Siempre y cuando seas el lector que merezca este libro. Porque este no es un libro para chicos, es un libro para gigantes, para exploradores y aventureros de la selva más salvaje: el alma milenaria del ser humano.

Nota

Para la presente edición hemos organizado los textos en forma cronológica, según su primera publicación en diarios o revistas, tales como *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *Atlántida*, *Babel*, *El Hogar*, *La Nación*, aunque luego hayan aparecido en libros. 11

Hemos consultado las siguientes ediciones: *Los perseguidos y otros cuentos*, Biblioteca Rodó, Tomo VII, Montevideo, 1941; *El crimen del otro*, Claudio García editor, Montevideo, 1942; *Diario de viaje a París*, Número, Montevideo, 1950; *Cuentos de amor de locura y de muerte*, Losada, Buenos Aires, 1954; *Los desterrados*, Losada, Buenos Aires, 1956; *Cartas inéditas*, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, Montevideo, 1959; *Más allá*, CEAL, Buenos Aires, 1980; *Cuentos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981; *Para noche de insomnio*, Libros del Quirquincho, Buenos Aires, 1991.

Para noche de insomnio

*Ningún hombre, lo repito, ha narrado con más magia
las excepciones de la vida humana y de la naturaleza, los ardores
de la curiosidad de la convalecencia, los fines de estación cargados
de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos,
en que el viento del sud debilita y distiende los nervios como las
cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas
que no vienen del corazón; la alucinación, dejando al principio bien
pronto conocida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose
en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica;
la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción
establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado
hasta el punto de expresar el dolor por la risa.*

BAUDELAIRE (*Vida y obras de Edgar Allan Poe*)

13

A todos nos había sorprendido la fatal noticia; y quedamos aterrados cuando un criado nos trajo —volando— detalles de su muerte. Aunque hacía mucho tiempo que notábamos en nuestro amigo señales de desequilibrio, no pensamos que nunca pudiera llegar a ese extremo. Había llevado a cabo el suicidio más espantoso sin dejarnos un recuerdo para sus amigos. Y, cuando lo tuvimos en nuestra presencia, volvimos el rostro, presos de una compasión horrorizada.

Aquella tarde húmeda y nublada hacía que nuestra impresión fuera más fuerte. El cielo estaba lívido, y una neblina fosca cruzaba el horizonte.

Condujimos el cadáver en un carruaje, apelotonados por un horror creciente. La noche venía encima; y por la

portezuela mal cerrada caía un río de sangre que marcaba en rojo nuestra marcha.

Iba tendido sobre nuestras piernas, y las últimas luces de aquel día amarillento daban de pleno en su rostro violado con manchas lívidas. Su cabeza se sacudía de un lado para otro. A cada golpe en el adoquinado, sus párpados se abrían y nos miraba con sus ojos vidriosos, duros y empañados.

Nuestras ropas estaban empapadas en sangre; y por las manos de los que le sostenían el cuello, se deslizaba una baba viscosa y fría que a cada sacudida brotaba de sus labios.

No sé debido a qué causa, pero creo que nunca en mi vida he sentido igual impresión. Al solo contacto de sus miembros rígidos, sentía un escalofrío en todo el cuerpo. Extrañas ideas de superstición llenaban mi cabeza. Mis ojos adquirían una fijeza hipnótica mirándolo y, en el horror de toda mi imaginación, me parecía verle abrir la boca en una mueca espantosa, clavarme la mirada y abalanzarse sobre mí, llenándome de sangre fría y coagulada.

Mis cabellos se erizaban, y no pude menos de dar un grito de angustia, convulsivo y delirante, y echarme para atrás.

En aquel momento el muerto se escapaba de nuestras rodillas y caía al fondo del carruaje cuando era completamente de noche, en la oscuridad, nos apretamos las manos, temblando de arriba abajo, sin atrevernos a mirarnos.

Todas las viejas ideas de niño, creencias absurdas, se encarnaron en nosotros. Levantamos las piernas a los asientos, inconscientemente, llenos de horror, mientras en el fondo del carruaje el muerto se sacudía de un lado a otro.

Poco a poco nuestras piernas comenzaron a enfriarse. Era un hielo que subía desde el fondo, que avanzaba por el cuerpo, como si la muerte fuese contagiándose en nosotros. No nos atrevíamos a movernos. De cuando en cuando nos inclinábamos hacia el fondo, y nos quedábamos mirando por largo rato en la oscuridad, con los ojos espantosamente abiertos, creyendo ver al muerto que se enderezaba con una mueca de delirio, riendo, mirándonos, poniendo la muerte en cada uno, riéndose, acercaba su cara a las nuestras, en la noche veíamos brillar sus ojos, y se reía, y quedábamos helados, muertos, muertos, en aquel carruaje que nos conducía por las calles mojudas...

Nos encontramos de nuevo en la sala, todos reunidos, sentados en hilera. Habían colocado el cajón en medio de la sala y no habían cambiado la ropa del muerto por estar ya muy rígidos sus miembros. Tenía la cabeza ligeramente inclinada con la boca y nariz tapadas con algodón.

Al verlo de nuevo, un temblor nos sacudió todo el cuerpo y nos miramos a hurtadillas. La sala estaba llena de gente que cruzaba a cada momento, y esto nos distraía algo. De cuando en cuando, solamente, observábamos al muerto, hinchado y verdoso, que estaba tendido en el cajón.